

## *Capítulo 5*

### *Guardando el pacto de Dios y el ejercicio de la disciplina*

*Prof. David Engelsma*

#### ***Texto bíblico: Hebreos 12:1-17***

El ejercicio de la disciplina en este contexto se refiere a la disciplina que los padres cristianos ejercen sobre sus hijos del pacto.

La disciplina de nuestros hijos es un aspecto importante del cumplimiento del pacto de Dios. La razón es que Dios llama a los padres creyentes a criar a sus hijos. Esta crianza incluye la disciplina. Dios utiliza esta crianza, con su disciplina, para llevar a cabo Su propósito del pacto de salvar a los hijos del pacto de los padres creyentes.

La importancia de la disciplina se muestra en Hebreos 12:1-17, particularmente en los versículos 9 y 10: “Por otra parte, tuvimos a nuestros padres según la carne que nos castigaban, y los respetábamos; ¿por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, a la verdad, por pocos días nos castigaban como a ellos les parecía, mas este para lo que nos es provechoso, a fin de que participemos de su santidad.”

El pasaje se refiere a la disciplina parental y ofrece instrucciones al respecto. “Tuvimos a nuestros padres según la carne que nos castigaban”. Y lo que es aún más importante, el pasaje establece una comparación entre la disciplina de Dios hacia sus hijos y nuestra disciplina hacia nuestros hijos. Esta comparación es la idea principal del pasaje.

El Espíritu tiene un propósito práctico en Hebreos 12. Este propósito práctico es que el pueblo de Dios se someta a los dolorosos castigos que Dios les inflige. Era necesario que el Espíritu animara a los cristianos hebreos en este sentido porque aquellos cristianos hebreos se estaban cansando y desanimando en sus mentes a causa de la severidad de su castigo (v. 3). El desánimo que experimentaban los cristianos hebreos es siempre un peligro para quien está siendo castigado por Dios, como indica el proverbio citado en Hebreos 12:5 y 6. El peligro es que un cristiano desanimado esté dispuesto a menospreciar el castigo del Señor y a desmayar mientras es reprendido por Dios.

Para que el cristiano castigado no desmaye, sino que se someta al castigo, el autor de Hebreos recuerda a los cristianos que sus tribulaciones les son enviadas por Dios y que esas tribulaciones tienen un buen propósito en su vida.

Nuestras tribulaciones no son accidentes desafortunados. No son el resultado de un destino ciego. No son castigos impuestos por un Dios airado. Al contrario, las aflicciones en la vida del cristiano son disciplinas.

Una disciplina es algún mal, es decir, un acontecimiento doloroso, administrado por Dios para nuestra corrección de algún pecado; o para nuestro desarrollo hacia la madurez espiritual; o para nuestro aumento general de santidad en vista de la corrupción de nuestra naturaleza pecaminosa, que conservamos.

El motivo de Dios en esta disciplina es el amor por nosotros, no el odio. El objetivo de Dios con esta disciplina es la salvación, no la condenación. En este sentido, la disciplina difiere radicalmente del castigo. El castigo puede ser el mismo tipo de mal en la vida del impío, pero está motivado por el odio de Dios hacia ese pecador impío y réprobo. Su intención es infligirle, en parte, la pena por su pecado. Y tiene como propósito, al igual que el infierno eterno tendrá como propósito, la destrucción del pecador. Dios castiga al impío réprobo. Él disciplina al creyente elegido.

Los males en la vida del cristiano, tal es la enseñanza de Hebreos 12, son un aspecto de la sabia y buena crianza de Sus amados hijos por parte de Dios en Su calidad de Padre celestial. Para recalcar esta verdad consoladora, el pasaje compara el trato de Dios con nosotros con el trato de un padre terrenal con sus hijos. El pasaje ya lo hace en el versículo 7: “Si soportáis el castigo, Dios os trata como a hijos [y aquí viene la comparación]; porque, ¿qué hijo es aquel a quien el padre no castiga?”. Esta comparación se repite en los versículos 9 y 10, citados anteriormente.

El pasaje establece una comparación entre el Padre celestial y nosotros, los padres terrenales, en lo que respecta a un aspecto de la actividad de la paternidad. El aspecto de la paternidad que constituye el punto de la comparación es el castigo, o lo que más comúnmente llamamos disciplina. Dios nos disciplina, y nosotros disciplinamos a nuestros hijos e hijas.

Esta comparación entre Dios y los padres terrenales reviste la mayor importancia práctica para la disciplina de nuestros hijos en la familia cristiana, o del pacto.

Los padres suelen preguntarse: “¿Cuál es nuestro llamado con respecto a la disciplina de nuestros hijos? ¿Debemos disciplinar? Si es así, ¿cómo debemos hacerlo? ¿Qué es una buena disciplina en una familia?”.

En el pacto, los padres suelen recibir ayuda —y deben recibirla— del ejemplo de sus propios padres. No se debe subestimar el poder de este ejemplo. Quienes estudian estos temas en el mundo nos dicen que el maltrato infantil se transmite de generación en generación. Si alguien ha sufrido maltrato de una forma u otra, especialmente por parte de sus propios padres, es probable que maltrate a sus hijos. Y entonces sus hijos maltratarán a sus propios hijos. Y este mal se prolonga a lo largo de las generaciones. Pero lo contrario también es cierto. La buena disciplina se transmite de generación en generación. El ejemplo que damos a nuestros hijos e hijas da sus frutos en las generaciones venideras.

Sin embargo, el ejemplo de los padres, incluso de los padres cristianos, no es infalible. Y es que los padres cristianos son imperfectos. Esta imperfección de los padres cristianos a la hora de disciplinar a sus hijos se reconoce en Hebreos 12. Refiriéndose a los padres, el autor del libro dice que estos disciplinan “como a ellos les parecía” (v. 10). Necesitamos una guía infalible.

Solo las Escrituras son esta guía infalible para la disciplina correcta. Las Escrituras hablan de la crianza de los hijos, en particular de la disciplina. Las Escrituras hablan de la disciplina con

sabiduría y autoridad infalibles. Esto, por cierto, es un consuelo para cualquiera que haya tenido un padre o una madre que diera un ejemplo terrible en la disciplina de sus hijos. No es en absoluto necesario que esa persona maltrate también a sus propios hijos. Este patrón debe romperse. Este patrón *puede* romperse en la vida de quien se ha convertido a Cristo. Entonces, la guía para la disciplina de sus propios hijos no pueden ser sus propios padres, sino la enseñanza clara y autoritativa de la Palabra de Dios.

La Biblia no es un manual de disciplina parental, aunque el libro de Proverbios se dedica en gran parte a la crianza de los hijos. Pero la instrucción relativa a la disciplina se encuentra por todas partes en las Escrituras. Se encuentra no solo en las advertencias, sino también en la historia. Tanto la historia como las advertencias específicas sobre la disciplina advierten contra la mala disciplina y exhortan a la buena disciplina.

A menudo se descuida un aspecto de la instrucción bíblica sobre la disciplina. Se trata del ejemplo, o modelo, de buena disciplina que Dios establece mediante Su propia disciplina paternal hacia Sus hijos. La forma en que Dios disciplina se revela en las Escrituras. Y nuestra disciplina hacia nuestros hijos debe reflejar y seguir el modelo de la disciplina de Dios hacia sus hijos. Esta es la importancia de Hebreos 12, especialmente en lo que respecta a su comparación entre la disciplina de Dios hacia sus hijos y nuestra disciplina hacia nuestros hijos.

Hay aún otra razón por la que Hebreos 12 es importante en lo que respecta al ejercicio de la disciplina. En la medida en que Hebreos 12 compara nuestra disciplina de nuestros hijos con la disciplina de Dios hacia sus hijos, el pasaje es útil para quienes no son padres. Algunos no son padres. Algunos de nosotros aquí ya no somos padres con hijos en casa a quienes disciplinar. Algunos nunca van a ser padres. Esto no implica que este pasaje no sea de utilidad para tales personas. En la medida en que el pasaje está estructurado como una comparación entre la disciplina de Dios hacia sus hijos y nuestra disciplina hacia nuestros hijos, el pasaje es útil para todos los cristianos a fin de instruirnos sobre el ejercicio de la disciplina de Dios sobre nosotros.

## **Necesidad**

El castigo de Hebreos 12 consiste en infligir cierto dolor al niño debido a su mala conducta. El castigo en este capítulo es disciplina, no en el sentido amplio de la crianza completa del niño, sino en el sentido más estricto de reprender a un niño, o darle unos azotes, o quitarle algún privilegio. Que esta es la referencia del castigo en el pasaje queda claro en los versículos 6 y 11, donde el apóstol habla de cosas dolorosas que Dios ha infligido a sus hijos hebreos. En el versículo 6 leemos acerca de azotes o latigazos. El versículo 11 afirma que “ningún castigo [...] parece ser causa de gozo, sino de tristeza”, a lo que todo niño que haya recibido alguna vez una buena azotaina responde con un sincero “Amén”.

Tal disciplina, o castigo, es necesaria. Todo padre creyente debe disciplinar. Debe disciplinar a cada uno de sus hijos. Ahora bien, me apresuro a añadir que, aunque los padres deben disciplinar en el sentido de administrar un castigo doloroso, y aunque es cierto que los padres deben disciplinar a cada uno de sus hijos, también es cierto que los padres no deben, de manera inflexible y sin

concesiones, disciplinar a cada uno de sus hijos de la misma forma, aunque la ofensa sea la misma. Los hijos son diferentes. Los padres deben ejercer la disciplina con una sabiduría que reconozca las diferencias entre sus hijos. Un niño puede ser de naturaleza tan sensible que una reprimenda severa lo reduzca sinceramente a lágrimas y lo lleve a un arrepentimiento sincero. Otro niño puede tener un temperamento muy diferente, de modo que una simple reprimenda no surta efecto contra su pecaminosidad, sino que sea necesaria una palmada, y una palmada fuerte, que haga que el niño llore a gritos. Puedo decir que eso lo vivimos en nuestra propia familia de nueve hijos. Uno de ellos tenía un carácter tan delicado que una reprimenda (y no una especialmente severa) lo hacía llorar. Como resultado, ese niño no recibía tantos azotes. Los demás niños se daban cuenta de ello. (Esto nos lleva a otro aspecto importante de la crianza de los hijos: se requiere equidad en la familia. Los niños se dan cuenta inmediatamente de cualquier injusticia). Hoy, aunque todos los implicados son adultos y tienen sus propias familias, los demás hijos le dicen a ese niño en particular: “Eras el hijo favorito. ¿Alguna vez te han dado unos azotes?”. Pues bien, a este niño sí. Pero este niño no necesitaba ese tipo de disciplina. Este niño necesitaba disciplina, sin duda, pero no ese tipo de disciplina.

No obstante, la disciplina es necesaria para todos los hijos. La prueba de ello se encuentra en la superficie misma del pasaje. La necesidad de la disciplina para todo hijo es la idea central del versículo 7. Es sencillamente inconcebible que haya un hijo al que su padre no castigue en absoluto: “¿Qué hijo es aquel a quien el padre no castiga?”. El castigo forma parte, sencillamente, de la relación entre padre e hijo. Esta necesidad de disciplina para todo niño se subraya en el versículo 8. La única posibilidad de no disciplinar a alguien es que esa persona (y la referencia es a alguien que parece ser un hijo de Dios en la iglesia) sea ilegítima, un bastardo. Por cierto, observo que el Espíritu Santo enseña que hay dos tipos de miembros de la iglesia visible y dos tipos de hijos entre los hijos físicos de padres creyentes. No todos son hijos de Dios. Algunos son hijos legítimos, engendrados espiritualmente por la gracia de Dios en Jesucristo. Otros en la iglesia visible pueden ser bastardos. Son ilegítimos, no son hijos de Dios en absoluto.

La necesidad de la disciplina se pone de manifiesto con fuerza en este pasaje, aunque quizá no resulte tan obvio. Esto se desprende de la palabra que se utiliza para referirse a la disciplina a lo largo de Hebreos 12. Se trata de un término que significa “crianza de los hijos” o “educación” en su sentido más amplio. Es la palabra griega de la que deriva nuestro término “pedagogía”. Los padres deben educar a sus hijos. Pero el Espíritu Santo utiliza esta palabra en Hebreos 12 para referirse, como hemos visto, a un aspecto específico de la crianza de los hijos, a saber, la disciplina.

La disciplina es una parte tan fundamental de la educación de nuestros hijos que, en este pasaje, se identifica prácticamente con la crianza de los hijos. Sin duda, no puede haber una buena crianza de los hijos sin disciplina.

Esta verdad bíblica básica tiene su aplicación en la formación y la enseñanza de los niños en las escuelas. Independientemente de la sabiduría de los eruditos que dirigen las escuelas públicas de nuestras naciones, no puede haber una crianza eficaz de los niños en las escuelas sin castigo, sin disciplina. Todo el proyecto está abocado al fracaso, al margen de cualquier otra razón, si no hay disciplina en las escuelas.

La disciplina es necesaria. Las Sagradas Escrituras condenan gran parte del pensamiento educativo moderno y salvan a los padres creyentes de los males de este pensamiento educativo moderno. En el mundo prevalece la teoría de que no se debe dar azotes a los niños ni siquiera reprenderlos. Este pensamiento permisivo rige en muchos hogares, así como en muchas escuelas. Pero a veces este pensamiento también aparece en las iglesias. Un miembro de la iglesia argumentará que basta con enseñar a sus hijos el camino correcto. Si se hace esto, la disciplina es innecesaria. Otro miembro de la iglesia simplemente descuidará o ignorará por completo la disciplina de sus hijos. En realidad, esta negativa a disciplinar, o esta oposición a la disciplina, o este descuido de la disciplina, es una crítica a la sabiduría de Dios. Dios considera necesario disciplinar a sus hijos. Sostener que la disciplina es innecesaria en la crianza de nuestros hijos es una crítica implícita a la sabiduría de Dios.

Esto, por supuesto, es lo que subyace en la teoría educativa moderna. En todos los ámbitos de la vida, el hombre sabe más que Dios. En todos los ámbitos de la vida, el hombre deja de lado deliberadamente la voluntad de Dios y la sustituye por su propia voluntad. Las consecuencias son evidentes para todos.

## **La pecaminosidad de los hijos**

La razón por la que es necesaria la disciplina de nuestros hijos es su pecaminosidad. Nuestra pecaminosidad es la razón por la que es necesario que Dios nos discipline. La disciplina de Dios sobre nosotros forma parte de nuestra gran lucha, nuestro gran esfuerzo, contra el pecado, tal y como lo describe el apóstol en el versículo 4. Que la disciplina de Dios sobre nosotros es requerida y necesaria debido a nuestra pecaminosidad queda implícito cuando leemos en el pasaje que el propósito de la disciplina divina es que participemos de la santidad de Dios (v. 10). Esta es también la razón por la que la disciplina es necesaria para nuestros hijos. Aunque nuestros hijos son hijos del pacto, siguen teniendo una naturaleza depravada. Su naturaleza perversa se manifiesta en palabras y comportamientos perversos. Estas palabras y comportamientos perversos son entonces contrarrestados, controlados y vencidos mediante la aplicación de la disciplina.

Al situar la necesidad de la disciplina en la pecaminosidad de los hijos, la Escritura condena el error que está en la raíz de gran parte del pensamiento educativo actual. Se trata de la idea de que los niños son básicamente buenos o, al menos, no depravados. En términos teológicos, el error que subyace a gran parte del pensamiento educativo actual, que niega la necesidad de la disciplina, es el rechazo de la doctrina de la depravación total y el rechazo de la doctrina relacionada del pecado original. Los padres cristianos, al igual que los padres no creyentes, transmiten a sus hijos su naturaleza depravada, una naturaleza que es totalmente corrupta, completamente inclinada a todo mal e incapaz de hacer ningún bien. De hecho, esto es lo *único* que los padres cristianos transmiten a sus hijos. La nueva naturaleza en Cristo que Dios promete dar a nuestros hijos elegidos en Su promesa de ser el Dios de nosotros y de nuestros hijos es Su obra, Su don y Su obra de gracia sobrenatural. Pero cuando Dios regenera a nuestros hijos y los convierte, estos hijos conservan aún, mientras vivan, la naturaleza corrupta que han recibido de Adán. El mundo desconoce la doctrina de la depravación total y la doctrina del pecado original. Por lo tanto, el mundo sostiene que los niños son buenos.

Por extraño que parezca, podemos sentirnos atraídos por este mismo error, es decir, que veamos a nuestros hijos como buenos o, si no buenos, al menos como no muy malos. Aunque confesamos la depravación total y la aplicamos fielmente a los niños en general y a los hijos del prójimo en particular, a veces no podemos aplicar la doctrina de la depravación total a nuestros propios hijos. Nuestros propios hijos son buenos. Nuestros propios hijos siempre tienen razón. Nuestros propios hijos nunca se equivocan. Cada vez que nuestros hijos se ven envueltos en algún problema, inmediatamente nos ponemos de su parte y entramos en guerra contra cualquiera con quien puedan estar en conflicto. Este es un comportamiento insensato, contrario a la verdad que subyace al mandato de Hebreos 12 de que disciplinemos a nuestros hijos. Como dijo una vez Oliver Cromwell a los ministros puritanos de su séquito que discutían y se afanaban en dividir lo que él intentaba unir: “Os suplico, en el amor de Cristo, que consideréis la posibilidad de que podáis estar equivocados”. Así también nosotros, los padres, con respecto a nuestros hijos, debemos considerar la posibilidad de que nuestros hijos estén equivocados.

## **Responsabilidad**

La disciplina es necesaria. La pregunta ahora es: ¿De quién es la responsabilidad de impartir esta disciplina? Según Hebreos 12, la responsabilidad recae en los padres de los hijos y, concretamente, en el padre. Es como Padre de los espíritus que Dios castiga a sus hijos, y son los padres de nuestra carne quienes nos corrigieron (v. 9). La disciplina es un deber de los padres. La disciplina forma parte de las obligaciones que los padres asumen al hacer el voto del bautismo de sus hijos. Cuando bautizamos a nuestros hijos, prometemos que los educaremos en el temor del Señor, según la doctrina de la Iglesia en la que son bautizados. Esta educación incluye, sin lugar a duda, la disciplina de nuestros hijos. Es responsabilidad de los padres no solo enseñar a sus hijos, enviarlos al catecismo y, siempre que sea posible, enviarlos a la escuela cristiana, sino también castigar al niño.

Esto implica la autoridad de los padres sobre sus hijos. Los padres tienen derecho a infligir dolor a sus hijos. Y lo que es aún más importante, los padres tienen derecho a dirigir la vida de sus hijos. Porque esta es, al fin y al cabo, la razón para infligir el dolor de la disciplina. No tiene sentido ejercer la disciplina por sí misma. Pero la aplicación de la disciplina tiene como objetivo dirigir la vida de ese niño de una determinada manera. Cuando el padre disciplina, le dice al niño en ese lenguaje contundente de la reprimenda o del castigo físico: “No irás por ese camino, sino por este camino”. Para ello, los padres tienen autoridad. Tienen autoridad de Dios. Por eso se menciona a los padres en Hebreos 12. Se menciona a los padres, entre otras cosas, para inculcarnos, especialmente al comienzo del siglo XXI, que toda familia cristiana debe tener un padre en el hogar. Ahora bien, Dios mismo actúa a veces de tal manera que esto no es posible. Entonces Dios cuidará de la madre cristiana, con la ayuda especialmente de los ancianos y de otros miembros varones de la iglesia, para que esa madre pueda ser padre y madre a la vez. Sin embargo, esto es la excepción. La regla es que el hogar cristiano debe tener un padre. Y la regla es también que ese padre sea un verdadero padre, un padre caracterizado por la fortaleza, un padre que sea la verdadera cabeza del hogar, un padre que ejerza autoridad —con sabiduría, rectitud y en el amor de Dios, pero que ejerza autoridad—.

¿No es sorprendente que incluso el mundo, que ha descartado la sabiduría de la Palabra de Dios, reconozca ahora la importancia, la enorme importancia, de lo que ellos llaman una “figura paterna” en el hogar? El propio mundo puede ver que los resultados son desastrosos en esos hogares, en esos muchos hogares (al menos en Norteamérica) donde no hay un padre y nunca lo habrá. No solo en la formación de pandillas, sino también en los trastornos psicológicos y éticos de los niños que provienen de tales hogares, queda clara la importancia de la sabiduría bíblica del padre en la familia.

Se menciona a los padres porque la Escritura quiere subrayar que los padres tienen autoridad sobre sus hijos para dirigir sus vidas con disciplina. Se menciona a los padres en el pasaje también porque, en definitiva, la responsabilidad de la disciplina de sus hijos recae sobre él, aunque su esposa le ayude y aunque, de hecho, sea ella quien se encargue de la mayor parte de la disciplina. La esposa y madre debe encargarse de gran parte de la disciplina, simplemente porque está con los hijos más tiempo que el padre a lo largo del día. Hay algo que no está bien cuando la madre nunca aplica la disciplina, en parte porque la eficacia de la disciplina radica en que se aplique en el momento en que se comete la falta y no horas o días después, pero también porque, en este caso, la madre les está diciendo a los hijos: “Esperad a que llegue vuestro padre a casa”, y los hijos aprenden a temer al padre y su llegada a casa porque, para ellos, eso solo significa que finalmente recibirán los azotes que deberían haber recibido seis horas antes. No obstante, aunque la madre se encarga de gran parte de la disciplina, la responsabilidad de esta recae en el padre. Dios otorga a los padres autoridad sobre sus hijos. Aquí la Escritura ataca otro grave mal presente en gran parte del pensamiento educativo actual. Se trata del mal que sostiene que nadie tiene derecho a dirigir la vida de otro. Ni siquiera los padres tienen derecho a dirigir la vida de los hijos. Los hijos son autónomos.

Es necesaria una conciencia viva de su autoridad por parte de los padres para la disciplina fiel de sus hijos. Esta autoridad está implícita en el quinto mandamiento de la ley de Dios. Si los hijos deben honrar a sus padres, los padres tienen la autoridad que debe ser honrada. Por el ejercicio de esta autoridad, los padres responderán ante Dios en el día del juicio. No solo los maridos y las esposas responderán ante Dios por el cumplimiento de su voto mutuo en el matrimonio, sino que también responderán ante Dios por el voto, ya sea explícito o implícito, relativo a la disciplina de sus hijos.

## **Supervisión**

La disciplina parental requiere la supervisión de los padres. Esto significa que los padres vivan con sus hijos, que realmente convivan con ellos. Gran parte de la falta de disciplina actual se debe a la desintegración de la vida familiar. Los padres no están presentes en el hogar para conocer las debilidades, el comportamiento y las necesidades de sus hijos. Obviamente, el divorcio es un ejemplo, una de las causas por las que los padres no viven con sus hijos. En Malaquías 2, donde el profeta amonesta a los hombres de Israel por divorciarse de sus esposas y volver a casarse con otras, Dios recuerda a esos hombres de Judá, al igual que recuerda a los hombres de la iglesia hoy en día, uno de los grandes propósitos que Dios tenía al principio cuando hizo de Adán y Eva una sola carne. Malaquías plantea la pregunta: “¿Y por qué uno?”. ¿Por qué hizo Dios de los dos uno? Y él mismo responde a su pregunta: “Porque buscaba una descendencia para Dios” (Mal. 2:15). Uno de

los grandes propósitos de Dios con el matrimonio desde el principio fueron los hijos, no solo los hijos en general, sino hijos piadosos, hijos que pudieran gobernar en el mundo bajo su autoridad, para su gloria, de modo que la creación se dedicara a la gloria de Dios. La aplicación de esta verdad por parte del profeta a su propia época deja claro que, aún hoy, en los matrimonios fieles de su pueblo, uno de los grandes propósitos de Dios suele ser que Él busque en sus matrimonios una descendencia piadosa. El divorcio, como incluso el mundo reconoce, es una de las principales razones de la destrucción de los hijos: la destrucción física y psicológica y, añadiríamos, la destrucción espiritual de los hijos.

Esta es una de las razones por las que los maridos y mujeres cristianos que atraviesan graves dificultades deben permanecer juntos en su matrimonio. Me ha pasado que ha venido a verme una pareja, miembros de la iglesia, que durante años y años —según se hizo evidente— se habían ido distanciando y habían aprendido a odiarse cordialmente, y que estaban resueltos y decididos a divorciarse. En realidad, acudieron a la iglesia para obtener la aprobación de la iglesia a su propósito de divorciarse. Después de que ambos hubieran vertido su letanía de desgracias, destinadas a convencerme de que sin duda debían divorciarse y de que ni siquiera Dios mismo exigiría que dos guerreros como ellos siguieran viviendo juntos en matrimonio, uno de ellos preguntó: “No esperará usted que nos quedemos juntos por el bien de los hijos, ¿verdad?”. “Ah, sí”, respondí. “Por fin hablas con sentido común. Aquí podemos empezar. Exactamente así. Si no os quedáis juntos por ninguna otra razón, gente egoísta, entonces quedaos juntos por la carne y la sangre de vuestros propios cuerpos, que al mismo tiempo deben ser considerados como los hijos del pacto de Dios. Sacrificaos. Sacrificad vuestra propia felicidad. Entonces nos esforzaremos por ver si el Espíritu de Dios no os lleva al arrepentimiento y la reconciliación para que podáis volver a disfrutar de la vida juntos. Pero no os olvidéis de los niños”. Dios aborrece el divorcio (Mal. 2:16). Y la verdadera iglesia odia el divorcio. Y todo cristiano genuino debe odiar el divorcio, entre otras razones, porque, salvo por alguna gracia extraordinaria de Dios, destruirá a todos los hijos. Los padres deben vivir juntos para criar a sus hijos correctamente y para disciplinarlos.

No solo el divorcio, sino también las madres, con hijos en casa, que trabajan fuera del hogar, encuentran muy difícil, si no imposible, disciplinar a los hijos.

También está la culpa de muchos padres de hoy en día que, al final del día, en lugar de volver a casa para pasar el resto del día con su familia, están en el campo de golf o divirtiéndose con algún otro entretenimiento o asumiendo algún otro trabajo, no porque sea necesario para el sustento de la familia, sino porque están empeñados en amasar riqueza.

Para una disciplina buena, constante y eficaz, la madre debe ocuparse del hogar y el padre debe dedicar tiempo a su familia después del trabajo y los fines de semana.

Más aún, el contexto de una disciplina eficaz basada en el pacto es una vida pacífica juntos como familia, una vida familiar como comunión con Dios y entre ellos. No basta con que los padres vivan bajo el mismo techo que sus hijos. Deben vivir bajo el mismo techo con sus hijos en una comunión cálida y sana con ellos. Deben vivir con sus hijos como si fueran uno con ellos en Jesucristo.

¿No es cierto que la naturaleza y el verdadero poder de la disciplina eficaz de Dios sobre nosotros es el contexto de su cálida comunión con nosotros en el amor? Las aflicciones que Dios nos envía

no son impuestas simplemente por un soberano todopoderoso. Nos las impone nuestro Padre, que nos ama y con quien vivimos en amistad. ¿Cuál es el ambiente, la atmósfera, la calidad del día a día de nuestro hogar? ¿Es una comunión en la que, aunque nosotros seamos padres y ellos hijos, vivimos con ellos y, en cierto modo, compartimos la vida con ellos, como nuestros amados hijos?

## Propósito

La disciplina de los hijos es necesaria. La pregunta es: ¿cómo deben ejercer los padres esta disciplina? La respuesta que nos da Hebreos 12 a nuestro “¿cómo?” está implícita en el *propósito* de la disciplina. El propósito de la disciplina de los hijos, según Hebreos 12, es la santidad de los hijos. Este es el propósito de la disciplina que Dios ejerce sobre nosotros. Así leemos en el versículo 10: “mas este para lo que nos es provechoso, a fin de que participemos de su santidad”. El propósito de la disciplina de Dios hacia sus hijos es el beneficio de aquellos que son disciplinados, nuestro bien. Este beneficio consiste en que participemos de la santidad de Dios. Esto no puede significar que, mediante el castigo, los hijos de Dios se vuelvan santos por primera vez. Ya somos hijos de Dios — elegidos, redimidos y nacidos de nuevo por el Espíritu— antes de que Él nos castigue. El hecho de que seamos hijos es la razón por la que Él nos castiga. Dios no castiga a las personas para convertirlas en sus hijos. Dios castiga a las personas porque son sus hijos. Ya somos santos por el Espíritu santificador antes de que Dios nos castigue. Pero solo somos imperfectamente santos. Como dice el Catecismo de Heidelberg en la Pregunta 114, solo tenemos un comienzo muy pequeño de la nueva obediencia.

El castigo de sus hijos por parte de Dios es el medio por el cual la santidad de los hijos de Dios se preserva del poder del pecado y por el cual se aumenta la santidad en ellos. Al apuntar a nuestra santidad con su disciplina, Dios, en su castigo, no tiene otro propósito que nuestra *vida*: nuestra vida espiritual y eterna. Este es el versículo 9: debemos obedecer “al Padre de los espíritus [en materia de castigo, como comprenderéis], y viviremos”. Sin santidad nadie verá al Señor (v. 14). Y sin disciplina no habrá santidad.

El propósito de Dios en el castigo de sus hijos establece cuál debe ser nuestro propósito en el castigo de nuestros hijos. Nuestro propósito al castigar a nuestros hijos debe ser su provecho. Pero su provecho no es su placer, sino su santidad. Por lo tanto, nuestro propósito al disciplinar a nuestros hijos no es otra cosa que su *vida*. ¿Queremos que nuestros hijos vivan? ¿Queremos que vivan espiritualmente? ¿Queremos que vivan eternamente? ¿Queremos que vivan en el día de Jesucristo? Entonces disciplinamos, porque la disciplina mantiene, preserva y aumenta la santidad.

Observo de paso (a esto me refería hace un momento cuando destacué que Dios no castiga a las personas para convertirlas en sus hijos; las castiga porque son sus hijos), que esto implica una verdad fundamental sobre los hijos de padres creyentes desde su más tierna infancia. Debemos considerar a nuestros hijos como hijos de Dios, elegidos, redimidos y regenerados, desde su más tierna infancia. Esto no es porque todos nuestros hijos sean necesariamente elegidos y salvos. Sabemos que no es así. Hebreos 12 habla de un Esaú, que fue reprobado incluso antes de nacer, según Romanos 9. Pero agrada a Dios, como decían los puritanos, extender las líneas de la elección a través de las generaciones de padres creyentes. Agrada a Dios reunir a parte de su iglesia de entre

las familias de creyentes. Lo que Dios quiere decir cuando dice: “para serte por Dios, y a tu descendencia después de ti” (Génesis 17:7), y, en el día de Pentecostés, “para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos” (Hechos 2:39), no es que Dios pueda algún día salvar a uno o dos de nuestros hijos y ser el Dios de nuestros hijos cuando finalmente crezcan y tomen una decisión por Cristo, sino que Él es el Dios de nuestros hijos mientras son *niños*. La promesa de Dios es para nosotros y para nuestros hijos mientras son *niños*, niños *pequeños*.

Esto queda implícito en el llamado que tienen los padres a castigar a sus hijos con el mismo propósito que Dios tiene al castigar a Sus hijos. No castigamos a nuestros hijos para tratar de convertirlos en hijos santos de Dios. No se puede convertir a las personas en hijos santos de Dios dándoles azotes o reprendiéndolos. Si aún no son hijos santos, los azotes y las reprimendas tienen el efecto de amargarlos. Pero debemos disciplinar a nuestros hijos porque son hijos de Dios. En ellos, Dios ya ha obrado su santidad. Esto hace posible y real la eficacia de la disciplina para mantener esta santidad y para aumentarla.

Lo que estoy diciendo es esto: la disciplina parental de los hijos no sirve de absolutamente nada si los hijos no son salvos. Tampoco sirve de nada la instrucción de los hijos si estos no son salvos. ¿Qué fruto puede haber en ello? ¿Qué bien espiritual puede derivarse de ello? Si estuviera convencido de que mis hijos no eran regenerados hasta el momento en que crecieran y pudieran convertirse en su adolescencia o más tarde, lo único que les diría sería: “Arrepentíos, arrepentíos, arrepentíos”, con la esperanza de que Dios hiciera que eso fuera eficaz para su salvación.

Dios nos disciplina porque somos sus hijos. Él llama a los padres del pacto a disciplinar a sus hijos, que son hijos de Dios.

Entonces, nuestra disciplina da fruto porque el Espíritu de Dios está en sus corazones. Esto es lo que significa la promesa del pacto: “para serte por Dios, y a tu descendencia”.

No todos los hijos de padres creyentes son hijos de Dios elegidos, redimidos y regenerados. Una forma en que los hijos réprobos muestran su reprobación es despreciando perversamente la disciplina de sus padres y endureciéndose contra ella. También puede haber algunos hijos elegidos que se rebelan, que incluso se rebelan durante mucho tiempo. Pensad en el hijo pródigo. Por eso los padres con hijos descarriados no deben renunciar a ellos con demasiada facilidad, sino que, como mínimo (y esto ya es mucho), deben orar por ellos para que Dios los convierta. Pero puede haber hijos de creyentes que sean reprobados e impíos. Entonces rechazan la reprobación, ignoran la disciplina y caminan en maldad. Son quebrantadores del pacto, no en el sentido de que Dios estableciera Su pacto con ellos personalmente al crear ese vínculo en sus corazones o al prometerles personalmente la salvación. Pero son quebrantadores del pacto en el sentido de que han nacido y se han criado en el ámbito del pacto. Se les han presentado los deberes del pacto y, a sabiendas y deliberadamente, transgreden el pacto y los mandamientos del pacto.

En lo que respecta a tales hijos, ya sean hijos elegidos que por un tiempo se rebelan o hijos réprobos, cuando los hijos rechazan la amonestación y la disciplina de los padres, estos deben llevar a su hijo ante los ancianos de la iglesia. Guardar el pacto como pueblo de Dios significa que somos miembros de una iglesia que tiene ancianos. Estos ancianos disciplinan a los miembros de la congregación de acuerdo con la Palabra de Dios. Los ancianos ayudan en la disciplina de los hijos

rebeldes de la congregación. Los padres nunca se encuentran en la situación de levantar las manos y decir: “No podemos hacer nada con nuestros hijos”. Nunca debemos permitir que nos pongan en esa situación. A veces sentimos que estamos acorralados. Pero nunca estamos en una situación en la que no podamos hacer nada. Siempre podemos hacer algo. Cuando alcanzan la mayoría de edad, llevamos a un hijo rebelde ante los ancianos de la iglesia, para que trabajen con él y lo disciplinen en el sentido de aplicar la disciplina eclesiástica, de modo que finalmente estos hijos sean excomulgados de la iglesia. Entonces los propios padres rechazan la comunión con estos hijos, para reforzar la disciplina. Mantienen contacto con ellos, les hablan, les dicen que se arrepientan y se conviertan; pero rompen la comunión. Los padres, pues, cooperarán con la iglesia en la disciplina eclesiástica de sus propios hijos. Esto es realmente lo que Moisés llamó a los padres en tal situación a hacer en Deuteronomio 21:18-21. Si tenían un hijo que era borracho y rebelde y no escuchaba la amonestación de sus padres, los padres debían llevar a su hijo ante los ancianos y, en aquellos días, los ancianos apedreaban hasta la muerte a ese hijo rebelde. Hoy en día, los ancianos de la iglesia ejercen la disciplina de la excomuniación.

Pero el propósito de nuestra disciplina es corregir los pecados en la vida de nuestros hijos y guiarlos para que se consagren a Dios. Debemos explicar esto también a nuestros hijos. Debemos decirle a nuestro hijo: “Te reprendo, o te doy unos azotes, por tu pecado. Esto es lo que Dios exige”. Cuando Dios nos castiga, nos da a conocer qué es lo que hay en nuestra vida por lo que nos está castigando. Esto significa que es esencial en la disciplina que llevemos a nuestro hijo a la cruz, cuando nuestro hijo se arrepienta, para que reciba el perdón. Es esencial que el padre de la familia, como siervo de Cristo, le diga al niño: “Te perdono en el nombre de Cristo, y Cristo te perdona, y estás reconciliado conmigo de nuevo”. El padre trae el evangelio de la gracia de la cruz de Cristo.

La disciplina de los hijos implica un criterio de lo que está bien y lo que está mal, así como una meta que los hijos deben alcanzar. Al fin y al cabo, es una responsabilidad enorme dirigir la vida de otro ser humano. Deben saber cuál es el criterio: la ley de Dios. Deben saber cuál es la meta de esa dirección: el hombre o la mujer maduros en Cristo.

Si el objetivo de nuestra disciplina es el bien de los niños, nuestra disciplina será coherente. La disciplina siempre adolece de incoherencia. Día tras día, un niño puede mostrarse irrespetuoso, especialmente con su madre, y se le permite salirse con la suya. Entonces, un día en que estamos irritables, el niño se pasa de la raya y estallamos de ira, dándole unos buenos azotes. Esto es incoherente. El problema es que en realidad no buscamos la santidad del niño. Si así fuera, lo disciplinaríamos la primera vez que fuera irrespetuoso y cada vez que lo fuera. El problema con nosotros es que, con demasiada frecuencia, como dice Hebreos 12:10, disciplinamos “como a ellos les parecía”. Esto es cierto. Puedo confesar que una de las penas de mi vida, ahora que me hago viejo, son las imperfecciones de mi propia disciplina con mis hijos. Estoy muy agradecido de que exista la cruz de Jesucristo para los padres cristianos imperfectos. Estoy muy agradecido, agradecido más allá de lo que puedo expresar, de que, aunque reconozco que Dios utiliza la disciplina imperfecta de nosotros, padres imperfectos, para salvar a su pueblo, la obra de salvar a nuestros hijos es obra de Dios y no obra de padres imperfectos. Es obra de Dios únicamente y no obra de Dios y de nosotros, los padres imperfectos. Esa es una frase dolorosa en Hebreos 12: ellos, durante un tiempo, “nos castigaban como a ellos les parecía” (v. 10). No debemos disciplinar según nuestro propio antojo. La Escritura, por supuesto, no aprueba esto. Simplemente reconoce lo que

con demasiada frecuencia ocurre. Nuestra disciplina es débil y deficiente. En cambio, la disciplina de Dios es firme y buena.

El argumento de Hebreos es el siguiente: si nos sometimos a la disciplina imperfecta de nuestros padres, con mayor razón debemos someternos a la disciplina perfecta de nuestro Padre celestial. No debemos castigar a un niño porque nos haya molestado. No debemos castigar a un niño porque queramos descargar nuestra ira sobre él por habernos provocado. No debemos disciplinar a nuestros hijos porque no logren ciertos fines egoístas que tenemos para ellos, por ejemplo, que destacarán académica y educativamente, imponiéndoles exigencias irrazonables. Nunca debemos disciplinar por esas razones. El objetivo de la disciplina no es nuestro beneficio, sino el del niño. El criterio de la disciplina no es lo que nos parece bien a nosotros, sino lo que le parece bien a Dios según se encuentra en Su ley. El motivo no es el amor propio —debemos tener cuidado con eso al criar a nuestros hijos—, sino el amor hacia nuestro hijo.

## **Motivo**

Dado que el objetivo de la disciplina es la santidad del niño, se sobreentiende que el motivo del padre que disciplina es el amor, el amor por el niño por amor a Dios. Esto se expresa en el versículo 6 de Hebreos 12, donde se cita Proverbios 3:12 y se afirma que el motivo de Dios al castigar a sus hijos es el amor: “Porque el Señor al que ama castiga”. Así como el motivo de Dios al castigarnos es el amor, el amor por nosotros, también nuestro motivo para castigar a nuestros hijos debe ser el amor. Y no solo el amor por ellos como nuestra carne y sangre —el amor natural—, sino el amor por ellos como hijos de Dios. Cada vez que un padre pone la mano sobre su hijo, debe mirar esa mano y verla como la mano de Dios aplicada al pequeño hijo de Dios, de modo que, en nuestra disciplina, Dios está realmente disciplinando a sus hijos. Pero nuestro motivo debe ser el amor. El amor busca el bien del amado. El amor actúa para lograr este bien (en este caso, la santidad). Puesto que este bien se alcanza a través de la disciplina, el amor disciplina. No hay oposición entre el amor y la disciplina. Decir lo contrario es acusar a Dios de ser poco amoroso.

Pero nosotros, los padres, debemos asegurarnos de que el amor sea nuestro motivo al disciplinar a nuestros hijos. El amor no es el motivo si disciplinamos con ira. El amor no es el motivo si golpeamos con fuerza y sarcasmo para destruir al niño. El amor no es el motivo si disciplinamos injustamente. El amor no es el motivo si nuestra supervisión de nuestros hijos es demasiado rigurosa.

El amor no es el motivo si siempre estamos criticando a nuestros hijos y nunca los elogiamos. Algunos padres cristianos se equivocan en esto. Algunos han dicho: “No elogio a mi hijo porque eso tiende a enorgullecerlo”. ¿Acaso Dios elogia a sus hijos? ¿Insta Dios a un comportamiento piadoso en sus hijos mediante el elogio? ¡Qué cosa tan asombrosa! Él obra en nosotros para que hagamos estas buenas obras. Entonces, cuando hacemos la buena obra a nuestra manera pecaminosa e imperfecta, Él nos elogia por la buena obra y así nos anima. Dios debe ser un modelo para nosotros también en este aspecto.

¿Qué ve mi hija cuando la disciplino? ¿Ve amor? ¿Sabe, en medio de sus lágrimas, que la amo? En veinticinco años como pastor, antes de convertirme en profesor en el seminario, vi en las congregaciones tantos niños arruinados por una dureza desprovista de amor como los que vi arruinados por la laxitud de un Elí.

Hay una advertencia urgente para los padres en Colosenses 3:21: “Padres, no irritéis a vuestros hijos, para que no se hagan de poco ánimo”. Los padres deben esforzarse por asegurar a sus hijos que su motivo para disciplinar es el amor. Los niños bromean sobre esto, no en el momento, sino después: “Ojalá no me quisieras tanto”. Sin embargo, los padres que disciplinan deben asegurarles su amor cuando lo hacen. El amor debe impregnar toda nuestra relación con ellos. El amor debe guiar la forma en que los castigamos. Los padres deben expresar su amor al hijo cuando lo castigan, especialmente después, sentándolo en su regazo y hablándole de su propósito en la santidad del niño. Dios lo hace. Dios nos toma en su regazo después de castigarnos. Nos dice (escuchémoslo en Hebreos 12): “Porque el Señor al que ama castiga, y azota a todo aquel que recibe por hijo” (v. 6). Oh, nosotros, los hijos adultos de Dios, necesitamos saber esto, especialmente en tiempos de castigo doloroso. Necesitamos oírle decir en el Evangelio, por el Espíritu en nuestros corazones: “Te amo en este castigo. Porque te amé, te azoté. Porque eres mi hijo amado, te disciplino”. Así pues, que los padres del pacto disciplinen, sabiendo además que solo nos quedan unos pocos días. El autor de la epístola a los Hebreos también habla de esto: “por pocos días nos castigaban” (v. 10); solo por un breve tiempo los tenemos a la edad y el tamaño en que podemos disciplinarlos. Así que disciplinémoslos.

Este es el llamado de los padres en el pacto.

## **Recibir disciplina**

También hay un llamado para los hijos del pacto en este asunto de la disciplina. En primer lugar, la aplicación es para todos nosotros que somos hijos de Dios, sujetos a la disciplina. Este es el principal propósito práctico de Hebreos 12. El principal propósito práctico no es el llamado de los padres a administrar disciplina, sino el llamado de los hijos a recibir disciplina. El gran llamado para nosotros, los hijos adultos, es recibir la disciplina del Señor. No desprecies Su castigo. ¿Te está castigando a ti o a mí? ¿Es algo muy doloroso? ¿Es algo totalmente desagradable? ¿Estás rugiendo a causa de este castigo de Dios, día tras día? No lo desprecies. No te amargues por ello. Recibe este castigo del Señor como si viniera de tu Padre celestial, en Su amor, para tu provecho y santidad.

Pero ahora, a ustedes, jóvenes y niños: no desprecien ni se rebelen contra la disciplina de sus padres. Recíbanla con sumisión. Respeten a sus padres incluso cuando les den unos azotes o los reprendan. Cedan a ello, para que esa disciplina haga su obra en su vida: la santidad sin la cual ni ustedes, ni nadie, verán al Señor.